

Ya al salir de la sala tropezó con un *enfermero*, y se detuvo, porque sintió ese misterioso aviso del corazón, que anuncia algo.

Dos mozos desnudaron brutalmente al cadáver, dejándolo enteramente descubierto y á la vista de todos sobre su cama.

Luego, riendo, chanceando brutalmente, sin conciencia, sin piedad, empezaron á ensayar su *ciencia*, dando palmadas sobre el estómago, sobre el pecho y otras partes del cadáver, que resonaba de un modo frío, particular, indefinible..... y á hablar de lo bueno que estaba el cadáver para la *preparacion* de la cátedra de anatomía.

Y por último salieron á traer las *parihuelas*.

Rafael pensó en la tristísima y funesta impresion que esta escena brutal debia producir en los enfermos..... ¿Ni aun se les ocultaba el triste y desgraciado fin de sus cadáveres?

Entonces, lleno de melancolía, fué á donde el último estaba, para darle el postrer adios.

¿Quién podrá mirar indiferente un cadáver?

Rafael cruzó los brazos, y su mirada se perdió sobre el rostro del cadáver.

Repentinamente sintió que le tomaban una mano..... si hubiera podido, hubiera gritado.

Era uno de los mozos, á quien no habia visto, que le daba una cartera sucia y abultada, que tomó maquinalmente, porque despues de un susto permanecemos estúpidos por un momento, como si las fibras, hondamente conmovidas, no pudieran recibir por el pronto nueva impresion. La filantropía del siglo llegaba hasta ahí. Los

mozos, para evitar que las prendas que el muerto poseía fueran á engordar los arcones de los superiores, con notable escándalo de la civilizacion, se las repartian entre sí, excepto la cartera, que, como de ninguna utilidad la consideraban, la daban al *leido* practicante.....

No eran muy lerdos, pues este último miró en el dedo de uno de ellos un anillo delgado de oro, con un rubí.... y en las manos de otro un relicario dorado, que contenia un rizo de cabellos de mujer, negros, suaves y perfumados, que fueron arrojados al suelo.....

Rafael no movió los labios, pero alzó con tristeza el rizo despreciado.....

Algunos momentos despues, el cadáver estaba en el anfiteatro, los mozos solazándose, y Rafael en su cuarto repasando en su mente las diversas escenas del lúgubre drama de que habia sido testigo.....

Despues de haber visto al sol, nos queda en la retina una sombra; despues de haber sido testigos ó actores de una escena fuerte, el recuerdo que por el pronto nos queda de ella, nos parece el de un sueño.

Rafael se encontraba en este estado, y á pesar de ser una cosa comun y que sucede cada día la que habia visto, no hubiera dado crédito á su memoria, á no tener entre sus manos la vieja cartera y el negro rizo de pelo.

Pero estos objetos le llenaban de curiosidad: la cartera era grande y contenia una multitud de papeles y algunos objetos sólidos; el rizo de cabellos era de una extraordi-

naria finura, y el olor que despedía era ese olor vago, indeterminado, pero suave y agradable, que despide el cabello de toda mujer hermosa y bien educada.....

Luego, la fisonomía del herido no correspondía á su traje, que era humilde.

Entonces recordó Rafael otras circunstancias, que ántes habia pasado por alto.

¿Quién trajo al herido? ¿De dónde lo habian recogido?

Nada dijeron los conductores, y á lo que parece, ni aun el nombre sabian. En el hospital lo recibieron porque traían una orden del regidor del cuartel; pero este nada decia tampoco, ni lo encargaba como preso.....

Todas estas circunstancias despertaron la curiosidad de Rafael..... Pero en seguida pensó con tristeza, que tal vez este herido lo habia sido en alguna calle, en alguna de las frecuentes riñas que día á día habia con los americanos, y el regidor lo habia mandado al hospital por pronta providencia, no sabiendo su morada ni su nombre.....

Pero, volvió á reflexionar el practicante: si así hubiera sido, algo habria dicho ántes de morir, y por el contrario, sus palabras habian sido tristes y misteriosas.....

Nada hay mas fuerte que la curiosidad. Rafael resistia apenas al deseo de abrir la cartera que tenia entre las manos, y que probablemente le haria conocer á un hombre que, sin saber por qué, tanto le habia interesado.

Pero la cartera es el objeto mas sagrado del hombre, porque es el santuario donde deposita sus secretos, acaso su honor..... y abrirla, aunque fuera la de un ca-

dáver, era cometer una violacion, un crimen, un sacrilegio.....

Rafael daba vueltas á la que tenia en la mano, desesperado porque el rizo nada cierto le revelaba, cuando notó cosa de ocho líneas, escritas muy mal y con lápiz, en uno de los lados donde la badana estaba lisa y limpia.

Leer aquellas líneas, pensó él, no era gran indiscrecion, porque estaban, por decirlo así, públicas; se acercó, pues, á la delgada vela que habia, y leyó:

«Indudablemente voy á morir: el corazon jamas engaña..... ¡Morir! Dios mio..... ¡cuando mi presencia es tan necesaria! A aquel que recoja mi cadáver, por el amor que su madre le tuvo, le ruego lea todo lo que hay escrito en esta abultada cartera. Tal vez Dios hará que caiga en manos de uno para quien salvar á los oprimidos no sea un vano pensamiento.....

«Pero si teme comprometerse acaso por intereses ajenos..... ¡Oh! justiciero Señor..... hágase tu voluntad..... Entonces, que no lean estos papeles; que no conozcan al ménos secretos y debilidades, que Dios sabrá por qué oculta.

«Octubre 13 de 1847.—A las diez de la mañana.

«¡Siempre las diez.»

Rafael quedó inmóvil: aun cuando se le hubiera prohibido la lectura, no habria podido resistir mas, porque aquellos renglones envolvian una historia de muerte..... ¡Luego, esa especie de venganza legada contra la sociedad entera, acaso inflamó su sangre de jóven..... y no pudo resistir hasta el dia siguiente!

¡Algo de solemne habia en esa lectura hecha en medio

del silencio de la noche!..... El practicante se recogió un momento, porque el corazon le palpitaba de un modo extraordinario, tal vez como si fuese un presentimiento.

En seguida, con una especie de respeto supersticioso, abrió la cartera, y comenzó á leer la primera página suelta.....

## HERMANA DE LOS ANGELES.